

A través
del espejo,
y lo que Alicia
encontró allí

LEWIS CARROLL

Colección del
MIRADOR

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría

Traducción: Evelia Romano

Secciones especiales: María Soledad Silvestre

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Diagramación: Azul De Fazio

Gerente de Prensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Imagen de interior y tapa: John Tenniel

Título original: *Th ough the looking glass, and what Alice found there*

Carroll, Lewis

A través del espejo y lo que Alicia encontró allí / Lewis Carroll ; ilustrado por John Tenniel. - 1a ed. - Boulogne : Cántaro, 2016.
176 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Del mirador ; 262)

Traducción de: Evelia Romano.
ISBN 978-950-753-444-7

1. Narrativa. 2. Novela. I. Tenniel, John , ilus. II. Romano, Evelia, trad.
III. Título.
CDD 823

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2016

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-444-7

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Puertas de acceso

Juguemos a que hay un modo de entrar

Corría el año 1871 cuando se publicó la segunda parte de *Las aventuras de Alicia en el País de las maravillas*. Habían pasado seis años de aquella primera entrega y su autor continuaba siendo, aun entonces, un hombre que era dos: el adusto profesor del Christ Church College de Oxford que respondía al nombre de Charles Lutwidge Dodgson, y también Lewis Carroll, el excéntrico personaje en que se convertía cada vez que se cruzaba con un niño. Alice Liddell, la pequeña musa inspiradora de aquellas disparatadas aventuras, había crecido (casi contaba las dos décadas) y habían perdido todo contacto a partir de un confuso episodio que la crítica nunca pudo dilucidar¹.

Acaso su propia asimetría física motivó en Lewis Carroll un obsesivo interés por las imágenes en espejo. Según lo describe Gardner en *Alicia anotada*, Carroll “tenía un hombro más alto

¹ Para más información sobre la personalidad escindida de Lewis Carroll y su relación con la familia Liddell, consultá las “Puertas de acceso” de *Las aventuras de Alicia en el País de las maravillas*, Buenos Aires, Cántaro, 2015.

que otro, la sonrisa ladeada, y sus ojos no estaban exactamente a la misma altura”². Lo cierto es que del espejo, no le fascinaba la replicación sino la contrariedad que se produce particularmente entre algunas figuras: las que no pueden superponerse porque al rotar en el acto del reflejo se contraponen sin perder simetría (las manos y algunas letras, por ejemplo).

Alice Raikes, una de sus niñas-amigas que era prima lejana suya, contó en 1932 en el *Times* de Londres que ella había colaborado sin saberlo con la idea de *A través del espejo*...³:

Un día, al oír mi nombre, me llamó y me dijo: “Conque tú eres otra Alicia, ¿eh? Yo quiero mucho a las Alicias. ¿Te gustaría venir a ver algo asombroso?”. Le seguimos a su casa, que, como la nuestra, daba al jardín, y pasamos a una habitación llena de muebles, con un espejo alto de pie en un rincón. “Vamos a ver”, dijo, dándome una naranja: “Primero dime en qué mano la tienes”. “En la derecha”, dije yo. “Bueno”, dijo él, “ve y ponte delante de ese espejo, y dime en qué mano la tiene la niña que ves en él”. Después de mirar un rato perpleja, dije: “En la izquierda”. “Muy bien”, dijo él, “¿y cómo explicas eso?”. Yo no sabía explicarlo; pero viendo que esperaba una solución, aventuré: “Si yo estuviera en el otro lado del espejo, ¿no seguiría estando la naranja en mi mano derecha?”. Recuerdo que se echó a reír. “Bien dicho, Alicita”, dijo él. “Es la mejor respuesta que me han dado hasta ahora”.

Fuera cual fuera la motivación, la segunda aventura de Alicia se cifra precisamente en esa idea: ¿qué pasaría si la protagonista

² Gardner, M., *Alicia anotada*, Madrid, Ediciones Akal, 1999.

³ Citado por Gardner, Op. Cit.

estuviera del otro lado del espejo? La transición a ese mundo paralelo se da con la misma naturalidad que en la primera parte, aunque Alicia (que es seis meses mayor) ya no siente ningún miedo. Al contrario, ingresa a la casa del espejo por propia voluntad (en la primera parte, había entrado en una madriguera sin sospechar que acabaría en el País de las maravillas): “Juguemos a que el espejo se pone blando como una gasa”, le dice a su gatito y, efectivamente, sin saber cómo, el cristal pierde su solidez y ella lo atraviesa sin problemas.

Del otro lado del espejo, el mundo funciona de acuerdo con otras reglas. Algunas de ellas son conocidas por Alicia y por ello logra desenvolverse con bastante competencia (por ejemplo, deduce rápidamente que para leer el “Jabberwocky” solo tiene que colocar el libro frente al espejo). Otras las irá aprendiendo a prueba y error, y también gracias a la ayuda de las distintas criaturas con las que se encuentra. Así descubre, por ejemplo, que para acercarse a la reina roja debe caminar hacia atrás; que antes de cortar una torta hay que repartirla; que los trenes se mueven en sentido contrario; que la sed se calma con galletas secas y que es posible susurrar gritando.

Son Tralalú y Tralalá, sin ninguna duda, quienes mejor representan la casa del espejo. Idénticos pero no iguales, actúan como si uno fuera el reflejo del otro: aquello que Tralalú afirma, Tralalá (“por el contrario”, según él mismo advierte) lo desdice. Se abrazan uno por la derecha y otro por la izquierda y por eso le estrechan a Alicia las manos contrarias. Y así como están abrazados, de un momento a otro se repelen: o son inseparables o se enfrentan en un duelo.

Por su parte, el caballero blanco también es un buen exponente de figura especular. Repite las mismas palabras que el caballero rojo (“¡Ah! ¡Ah! ¡Jaque!”) y se ubica justo frente a él. Los dos se quedan mirándose un buen rato sin hablarse (como si uno

y otro fueran la imagen y el reflejo en un espejo) y el disparatado combate en el que se enfrentan con idénticos garrotes termina con ambos caídos de cabeza, uno junto al otro. Tan similares sus acciones y tan contrarias a la vez: los dos pelean por Alicia, pero uno lo hace para capturarla y el otro para otorgarle la libertad.

El caballero blanco tiene, además, otro reflej . Así lo indican muchos críticos que ven en él un *alter ego* de Lewis Carroll⁴. La misma cara amable e inocentona, los ojos mansos y azules, la apariencia extraña. Y el parecido no solo es físico. También comparten su afición por los inventos (en los diarios personales del autor se registran varias ideas tan ocurrentes como irrealizables) y llevan a cuestras un montón de chucherías ingeniosas que despiertan la admiración de quien las ve. En las biografías de Carroll, no faltan anécdotas al respecto: en los momentos más inesperados se aparecía con una caja de música, un muñeco a cuerdas o un organillo para entretener a la concurrencia (especialmente si eran niños).

Pero el parecido más notable es que ambos piensan mejor cuando el mundo está al revés: en el caso del caballero blanco, cuando cae de cabeza; y en el caso de Dodgson, cuando cruza el umbral (¿el espejo?) y se convierte en Lewis Carroll. Si en el “mundo real” es un profesor tímido y tartamudo, en su mundo ideal se comporta como un genio creativo: encuentra las palabras sin titubeos y las ideas se suceden una tras otra, así como le ocurrió en aquel paseo por el Támesis que lo llevó a imaginar y a compartir con las pequeñas Liddell las aventuras subterráneas de Alicia⁵.

⁴ Uno de ellos es Gardner (Op. Cit., pág. 278).

⁵ Tal fue el nombre de la primera versión de *Las aventuras de Alicia en el País de las maravillas*, encuadrada y escrita a mano, que Carroll obsequió a su musa inspiradora, Alice Liddell, en la Navidad de 1864.

A través
del espejo,
y lo que Alicia
encontró allí

LEWIS CARROLL

Título original: *Through the looking glass, and what Alice found there*
Traducción: Evelia Romano

¡Niña de frente pura y despejada
con ojos de sueños encantados!
Aunque el tiempo vuele, y tú y yo estemos
por más de media vida separados,
tu tierna sonrisa saludará feliz
este cuento como un regalo amado.

No he visto tu cara luminosa,
ni he oído tu risa de cristal;
de mí no guardarás ningún recuerdo
al llegar tu infancia a su final
Baste pues que ahora quieras escuchar
este cuento que te voy a contar.

Este cuento empezó hace mucho tiempo,
bajo el sol deslumbrante del verano...
Simples campanas marcaban el ritmo
de nuestro remar y remar antaño,
y sus ecos habitan la memoria,
aunque “olvida” digan, viles, los años.

Escucha, pues, antes que la temida voz
empapada por amarga marea,
llame a la melancólica joven
a acostarse en un lecho aunque no quiera.
Querida: somos solo niños grandes
que en vano a la hora de dormir se alteran.

Afuera, la helada, la nieve cegadora,
la loca furia de tormenta y viento.
Adentro, la llama roja del hogar
y entre los niños, un nido de contento.
Cautiva estás de las palabras mágicas:
y no harás caso del mal tiempo.

Y aunque la sombra de un suspiro pueda
estar aún latiendo en nuestra historia,
añorando los días del estío,
del verano, la desvanecida gloria,
no tocará con su amargo aliento
el plácido refugio de este cuento.

Capítulo I

La casa del espejo

Una cosa era cierta: la gatita blanca nada había tenido que ver con eso... Toda la culpa era del gatito negro. Por el último cuarto de hora la vieja gata había estado lavando la cara de la gatita blanca que, a pesar de eso, lo soportaba muy bien, así que, como ven, no podía haber participado en esta travesura.

Dina lavaba la cara de sus crías de esta manera: primero, con una pata sujetaba a los pobrecitos de la oreja, y con la otra pata les frotaba toda la cara, a contrapelo, empezando por la nariz. Y en este preciso momento, como ya dije, se concentraba en la gatita blanca, que se quedaba quietita, tratando de ronronear, y sin duda pensando que era para su bien.

Al gatito negro, en cambio, lo había lavado más temprano esa tarde, y por eso, mientras Alicia estaba acurrucada en un rincón del gran sillón, un poco hablando sola y un poco adormilada, el gatito se había entretenido con el gran juego de corretear un ovillo de lana que Alicia había tratado de devanar, y que rodando de un lado a otro se había deshecho. Y allí estaba el ovillo,

todo desparramado por la alfombra de la chimenea, hecho un lío y lleno de nudos, con el minino en el medio, tratando de morderse su propia cola.

—¡Oh, pequeño demonio! —gritó Alicia, mientras agarraba al gatito y le daba un besito para hacerle entender que estaba en problemas—. Dina tendría que haberte enseñado mejores modales. De veras, Dina, tendrías que educarlos mejor —agregó, dirigiéndole una mirada de reproche a la vieja gata y con tanto enojo como era capaz de fingi .



Índice

Puertas de acceso	3
Juguemos a que hay un modo de entrar	5
El mundo es un inmenso juego de ajedrez	9
Y brachusilaban los lares cochantes	13
Te apagarías como una vela	18
La obra	21
I. La casa del espejo	25
II. El jardín de las flores vivas	41
III. Insectos del espejo	53
IV. Tralalú y Tralalá	65
V. Lana y agua	81
VI. Humpty Dumpty	95
VII. El León y el Unicornio	109
VIII. “Es mi propia invención”	121
IX. Reina Alicia	139
X. Sacudiendo	157
XI. Despertando	159
XII. ¿Quién lo soñó?	161
Bibliografía	169